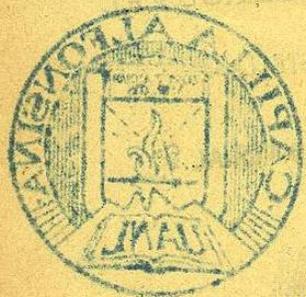


843 PA2625
M. -E53
D 98

Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL DOCTOR MONT-DORE

I

Uno de los lugares más digno de estudio del París moderno; uno de sus rincones más animados, de los más variados del día, más divertido que el puente de un trasatlántico, es seguramente la terraza del Grand-Hotel.

Es inútil hacer su descripción.

Todo el mundo la conoce, la admira como si fuese una maravilla: los curiosos adivinan en el fondo la riqueza de sus salones, y se detienen embobados viendo correr su fuente luminosa.

Esta terraza, resguardada por una cúpula de cristales, es un punto de cita para los parisienses, una especie de salón de tertulia donde se habla de todo, lo mismo que puede serlo la terraza de un casino ó el *foyer* de un teatro.

Entre los concurrentes al boulevard, hay muy pocos que no sean en un momento dado parroquianos de aquella grandiosa taberna, situada en el punto más céntrico de París; bien

sea para jugar, almorzar ó cenar á la salida de un baile de la ópera.

El 20 de abril de 188..., en una de esas hermosas tardes de primavera durante las cuales París se ofrece en todo su esplendor, un hombre, cuya edad no podía precisarse, fluctuando entre cuarenta y cinco y cincuenta años, delgado, de mediana estatura, de buen aspecto, abundante cabello, de vivos y negros ojos, sombrío y nervioso, anunciando un espíritu inquieto, descontento y un corazón de pasiones tumultuosas, de color pálido, nariz aguileña, pero sin exageración, el rostro adornado con patillas negras, como las de un magistrado del antiguo régimen, de blanca piel, con cierto color meridional, hombre hermoso en una palabra, dotado de las cualidades externas que agradan á las mujeres, pasó rápidamente bajo la bóveda de la entrada, se dirigió hacia la derecha de la terraza y con una mirada inspeccionó las sillas que se hallaban ocupadas á los lados de la fuente, que dejaba oír el murmullo del agua que arrojaba por sus surtidores.

Había allí mucha gente.

Se aproximaba la hora de comer, la aguja del gran cuadrante marcaba las seis y veinticinco.

Casi instantáneamente las arrugas desaparecieron de su frente.

Detrás de un grupo de extranjerías, que obscurían el paso, y cuyas *toilettes* ocultaban un tanto lo que él buscaba, acababa de ver dos ca-

balleros indolentemente tumbados, el uno en anchísimo canapé de jardín, que ocupaba él solo y que debía gemir bajo su peso, y el otro en una butaca de la misma especie, absortos en apariencia por la contemplación de los que iban y venían, más que por una conversación que por lo visto no debía ser para ellos de gran importancia.

Se dirigió hacia el lugar que estos dos personajes ocupaban; cuando llegó, dió en el hombro al que le volvía la espalda.

—Calla, Mont-Dore,—dijo el otro levantándose.

Llámame Fabregues—le dijo el primero con cierta vivacidad—te lo agradeceré.

—Tú siempre tan grave.

—Es que no me gustan las bromas.

El amigo contestó tranquilamente.

—¡Ingrato! Mont-Dore te proporciona rentas; te han bautizado con su nombre, como te hubieran podido dar un título de nobleza... ¿Renegarás acaso de tu Providencia?

—Dejemos ese detalle. ¿Dónde comes?

—Ni lo sé. ¿Vienes acaso á acompañarme?

—Con sumo gusto, con tal de verme libre temprano.

—A tu elección.

El hombre del sillón era próximamente de la misma edad que el recién llegado, pero de aspecto completamente diferente.

Menos elegante, pero simpático, franco y jovial, de bastante corpulencia, usaba los cabe-

llos algo largos, cabellos de sabio ó de artista con toda la barba, rubia y sedosa, de ojos azules, y un conjunto atractivo y simpático.

Era médico como el individuo á quien había llamado Mont-Dore—mote amistoso que había llegado á ser casi un nombre—uno de sus antiguos camaradas del barrio Latino y él mismo se llamaba el doctor Bordat.

Pero entre los dos amigos existía una diferencia enorme.

Tenían próximamente la misma clientela y su talento era próximamente igual.

Ambos se habían distinguido poco en la facultad y en los hospitales de París.

Pero Bordat era rico.

Fabregues, pobre.

Bordat hijo único de un ganadero de la Nièvre, que gozaba de una fortuna de unos treinta mil francos de renta.

Fabregues, hijo de un vinicultor del Medoc, arruinado por la filoxera, y que, al hallarse en la mitad de su carrera se quedó sin padres y sin protectores, y sin cosa que valiera un céntimo.

Desde aquel momento se había tenido que valer de mil medios y desplegar una actividad increíble para subvenir á sus necesidades y caprichos.

Había tenido que pasar por una infinidad de reveses y de decepciones.

Bordat vivía en un lujoso cuarto de la calle de Louis-le-Grand, segundo piso, permaneciendo todo el año en París con la tranquilidad que

proporciona un bienestar sólidamente asegurado.

Para él la medicina no era más que un accesorio, un pasatiempo, una distracción, casi una fantasía y, ¿por qué no decirlo claramente? un manantial de estudio en lo vivo, y á veces de aventuras, que una profesión seria.

La moral moderna se aviene fácilmente á todo.

Para Bordat la medicina era lo que son la música y la acuarela para las señoritas, un arte de capricho, de distracción.

Fabregues vivía de ella y lo que era peor aún, vivía mal.

No tenía en París más que un domicilio en la calle Vignon, un entresuelo bajo y sombrío en el cual no había más que una habitación un tanto confortable, que era el despacho donde recibía á los poquisimos clientes que se atrevían á visitarle.

Toda su servidumbre se componía de un *groom* de diecisiete años que abría la puerta, limpiaba la casa y hacía todo cuanto se necesitaba.

Aquel *groom*, hijo de un portero de la vecindad, se llamaba Sulpicio; chocaba por su exíguua estatura, que no le impedía estar provisto de los vicios precoces que distinguen al pilluelo de París entre todos los de las demás capitales del universo.

Era además activo, travieso y servicial. Bordat y Fabregues hacían vida de solteros, co-

mían en el círculo ó en el restaurant, muy amenudo en el Grand Hotel, se veían en el teatro, en el Boulevard, en todos los sitios; los ociosos y calaveras se encuentran ligados por la costumbre. Fabregues con la secreta envidia, hacia el amigo cuya vida es facil y sembrada de flores, Bordat con la compasiva piedad de un dichoso para con el camarada á quien todo sale mal.

¡Todo!

Y sin embargo Fabregues había tenido suerte una vez.

A los veintiocho años había caido sobre él una herencia inesperada.

Los veintiocho mil francos que una prima lejana le dejaba, sirvieron para amueblar una casa en la calle de Séze y para pagar algunas deudas.

La clientela permaneció sorda. En diez y ocho meses no pasaron de cincuenta enfermos los que se aventuraron á consultar al bordelés.

El alquiler devoró los muebles y fué preciso mudarse.

Entonces, obligado por la necesidad y á consecuencia de un incidente que debía ejercer gran influencia en su porvenir, el doctor Fabregues renunció á la clientela de París.

Aconsejado por uno de sus colegas, muy célebre, que entendía bien la aguja de marear, se hizo médico de aguas.

Es una carrera fructuosa pero su explotación exige cualidades especiales.

Fabregues no las reunia.

La necesidad se las proporcionó.

Durante el invierno imitaba á esos acuáticos que recorren los hospitales, las clínicas, los grandes gabinetes de consulta. tenía gran correspondencia para reclutarse una clientela, ponía á contribución á sus conocimientos de cualquier clase que fuesen, sus amistades de estudiante que ejercian en París ó en provincias, para atraer á su bolsa, ese agradable maná que se llama honorarios y que producen para el mayor bien de los que de ellos viven, todas las enfermedades en itis: laringitis, bronquitis, enterocolitis, además del asma de la tisis y otras miserias á que está sujeta la naturaleza humana.

Durante la estación de junio á octubre, con gran sentimiento salía de París para instalarse en una casita en Mont-Dore, donde había construido su nido como un águila, á mil cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Hacia ya tres años que por el mes de junio cerraba su entresuelo y se desterraba en Aquellos Alpes de la Auvernia, por los que tanto horror sentía.

Pero este era su único medio de salvación.

Y podía darse por contento por haberlo hallado.

En una palabra, el Mont-Dore y los creyentes seducidos, le habían sacado de la miseria, sin hacerle rico. Esto constituía un éxito en comparación con sus antiguos apuros.

Pero este éxito le llegaba tarde.

Diez años de deudas, de decepciones, de vana espera del cliente rebelde, de caza tras de la moneda, le habían gangrenado hasta la médula.

Un odio envenenado se había apoderado de aquella alma engreida y ambiciosa. La hiel de la envidia le envenenaba por completo.

Sus amigos, sus compañeros de círculo, los médicos que conocía, no le llamaban más que el doctor Mont-Dore, y le creían satisfecho, porque tenía la fuerza de ocultar su odio contra todo aquel que era célebre, rico ó feliz.

El único con quien á veces se mostraba sincero, era con el doctor Bordat. Este conocía á fondo una parte de las llagas de aquel herido, cuya vida había seguido paso á paso durante varios años, los esfuerzos, las privaciones, la lucha por la existencia, tan dura para aquellos que han nacido bajo ciertas constelaciones nefastas.

Su propia dicha, el bienestar fácil del cual había gozado siempre, sin haberle costado otro trabajo que el de nacer en los pastos de la Nievre, le hacían indulgente y afable con los demás.

En el momento en que Fabregues se aproximó el hombre grueso que se hallaba frente al doctor Bordat, sin levantarse del diván que espachurraba, alargó la mano con la reserva del hombre de mundo, que toca los dedos de un conocido sin estrecharlos.

—¿Que tal, doctor?

—Bien, gracias.

El rostro del gascón desmentía sus palabras.

Tan á las claras se veía, que Bordat se inclinó hacia su amigo y le dijo á media voz:

—¿Bien en lo físico?...

—Casi.

—¿Pero en lo moral?...

—Eso varía.

—¿Apuros?

—En efecto.

—¿De dinero?

—Claro... y además otros.

—¿Por ella?

—¡Ay!

—¡Va á serte fatal!

—¡Bah!

—¿No te sientas?

Precisamente en aquel momento se levantaban dos señoras que se hallaban sentadas cerca del triunvirato.

Un elegante cupé acababa de pararse al pie de la terraza.

Las dos señoras dirigieron al doctor Bordat y á su grueso amigo un cariñoso saludo y se dirigieron al carruaje.

Una de ellas era ya mujer entrada en años; la otra, joven.

En su aspecto, en sus movimientos, en todo se conocía que eran mujeres de la alta sociedad.

La joven podía tener, á lo sumo, unos veinte años.

Era rubia. A pesar de lo dulce de la estación, iba envuelta, de los pies al cuello, en un riquísimo gabán de pieles. En la cabeza llevaba una capota gris que descansaba en una cabellera abundante de color dorado.

El rostro, de un corte encantador, de una distinción exquisita y sobre todo de una dulzura infinita, inspiraba á primera vista una piedad irresistible; tanto parecía sufrir: se comprendía que aquella joven padecía esa enfermedad tan común que tantos estragos causa, conocida con el nombre de anemia.

Los ojos, de un azul pálido; los labios descoloridos; la piel, de un blanco de cera; las manos diáfanas, que enguantaba en el momento de subir al coche. Hacía daño verla.

Y sin embargo, aquella joven era bella y graciosa; tenía un encanto que la enfermedad no había podido destruir aún.

La señora que la acompañaba pasaba de los cincuenta años.

La más vieja poseía con creces lo que á la otra le faltaba, es decir, salud.

Entre ellas el contraste era chocante.

De una frescura rural, de corpulencia majestuosa é imponente, casi tan gruesa como el caballero que tuvo al lado, con un aire de autoridad que debía, sin duda, á su carácter y á su bolsa, cuidaba con afecto imperioso y despótico la debilidad enfermiza de su compañera.

—¿Conoces á esas señoras?— preguntó el doctor Fabregues á su amigo.

Bordat hizo un gesto de vanidad.

—Son clientes—dijo acariciándose la barba.

—Enhorabuena. ¿Ricas?

—Tal creo.

—¿Sobre cuánto?

—Preguntaselo al barón que me las ha proporcionado.

El hombre del canapé no hizo ningún movimiento, pero su rostro tomó un aspecto de contrariedad que pasó como una nube.

—¿Son amigas vuestras, barón?—le preguntó el gascón.

A esta pregunta el interrogado se contentó con responder con un gesto de fastidio y estas palabras:

—Primas en grado lejano... tía y sobrina.

—¿Y se llaman?...

—La tía es una señora de Breville y la sobrina, hija de uno de sus hermanos, se llama Matilde Borel... excelente persona... Es de temer que á pesar de los cuidados del doctor, no viva mucho. El padre murió joven... La madre sufrió mucho tiempo una enfermedad hereditaria.

—No hay remedio—declaró Bordat con tono majestuoso—no hay medio de curarla.

—Las aguas de Mont-Dore son para esos casos un excelente remedio—insinuó Fabregues.

Su colega le miró con aire burlón.

—¡Cómo haceis el artículo!—dijo sonriendo. Tunante.

—He visto curas maravillosas, palabra de honor,—contestó el gascón.

—Mira emplea ese procedimiento con otros.

—¡No creéis en nada, negaríais la existencia del sol en un día sin nubes! ¡Escepticos!

Fabregues no se reía. Se reconcentraba en sí mismo y consideraba en el fondo de su cerebro una idea en estado de embrión, que se destacaba de las tinieblas y tomaba forma.

—Bordat pretende que son ricas vuestras primas, dijo, dirigiéndose al barón que contestó con mal humorado tono.

—¿Y qué puede importaros?

—Digo que siendo ricas es muy triste renunciar á las dulzuras de la vida para marcharse al otro mundo.

—Teneis razón.

—Pudieran muy bien probar si Mont-Dore puede ser un remedio.

—¡Oh! Si ellas quieren...

—Aguas termales, bicarbonatadas arsenicales ó ferruginosas, excitantes, tónicas y reconstituyentes—dijo en tono de burla Bordat.—Curan, según dicen, las afecciones de las vías respiratorias, y particularmente los catarros, bronquitis, la faringitis granulosa, las congestiones laríngeas, el asma y, en fin, la tisis. Es un agua admirable y fenomenal.

Fabregues se encogió de hombros.

—¡Eres poco serio—dijo—y, sin embargo, lo que acaba de salir de tu boca es la pura verdad!

—¿De modo que tú aconsejas á mis clientes que vayan á Mont-Dore?

—Como mal no les vendría; además, el gasto es insignificante para ellas.

—Verdaderamente.

—¿Viven en el campo?

—Más de la mitad del año.

—¿Dónde?

—En una posesión que tienen cerca de Evreux, Breville.

—¿Y lo demás del año?

—Vienen á París, se hospedan en el hotel, usan gran tren á la moda americana, viven como príncipes, teatros... lo que no es muy sano por cierto para la joven...

Bordat se paró de repente.

—¿Pero qué pueden importarte á tí todos estos datos?—le preguntó.

—En nada, tienes razón.

Fabregues mentía. Le interesaban en extremo, y la prueba era que los grababa en la memoria... Baronesa de Breville... Matilde Borel... castillo de Breville, cerca de Evreux.

—¿Qué haces?—le preguntó su amigo, extrañado de la preocupación que le abstraía.

D'Aubagny contestó por el gascón:

—¡Que huele una clientela!

En su acento, en la impertinencia mal disfrazada del tono que contrastaba con la extrema cortesía de aquel hombre, se comprendía fácilmente que Fabregues estaba muy lejos de serle simpático.

Para poder marcharse, dirigió una mirada al reloj, y exclamó:

—¡Caramba! ¡las siete menos cinco!

—¿No coméis con nosotros?—le preguntó el doctor Bordat.

—No puedo proporcionarme semejante placer.

—¿Coméis en casa de algún amigo?

—No, en el círculo.

—Buen apetito.

El barón se levantó, arregló con ambas manos su gabán, limpió el polvo de sus botas con el viento de su pañuelo, hizo lo mismo con su sombrero y se dispuso á salir.

Iba correctamente vestido.

Su ligero pardesús puesto sobre su irreprochable frac, su magnífica cadena, sus botones de camisa, tres perlas finas, sus sortijas en los dedos, diamantes de los más claros, su sombrero donde ni un pelo de seda sobresalía de otro, sus botas sin un átomo de polvo, acusaban una limpieza exagerada.

Su ancho rostro de rasgos agradables, sonrientes, corteses, su hermosa barba rubia en forma de abanico, sus cabellos partidos en el centro de la cabeza formaban un conjunto confortable y cuidadoso, demasiado quizás.

Se comprendía en seguida que la única ocupación de aquel sibarita, ó de aquel ocioso contento de la vida, era el cuidado de su persona.

Y era verdad.

Todo al menos lo anunciaba así, aquella mi-

rada que paseaba por los presentes con una tranquilidad segura, y la curiosidad del hombre para quien las agitaciones, las luchas y las desgracias de los demás es un espectáculo al cual asiste como al teatro desde una mullida butaca de orquesta.

De vez en cuando, los concurrentes que pasaban le dirigían un amistoso saludo.

Se comprendía que era hombre conocido, buscado en aquel punto estratégico donde había establecido su cuartel general y el centro de sus operaciones.

El barón Pablo d'Aubagny es en efecto un tipo esencialmente parisien.

Pertenece á la categoría de los rentistas ricos y desocupados, célibes por principio y por egoísmo, para quienes no hay más mundo que el boulevard y que tienen en muy poco el resto del universo.

Entendámonos.

Para ellos, el boulevard que termina en el Gimnasio tiene sus prolongaciones naturales, ó por mejor decir sus sucursales en provincias.

Montecarlo y sus salones, Niza y el paseo de los Ingleses, Dieppe y su casino, Aix-les-Bains, el Mont-Dore y algunos otros sitios célebres, Luchón y Vichy, por ejemplo, donde van á veces y es para ellos el boulevard, porque allí encuentran á sus amigos y á las gentes con quien viven, músicos, croupiers, etc.

Alto y grueso, colorado, de irreprochable elegancia, admitido en todas partes pri-

meramente á causa de su fortuna y de su nombre y después como ornamento en calidad de mueble decorativo, tan á gusto en toda reunión elegante como pez colorado en estanque, Pablo d'Aubagny tiene cuarenta y cinco años de edad, ochenta mil libras de seguras rentas que, han caído en sus manos por herencias, un entresuelo lujosísimo donde duerme y se viste pero que no habita, bastante talento, más egoísmo, con un corazón capaz de no apiadarse de nada, para no hacerse sufrir, poca familia, algunos primos lejanos á quienes no gusta encontrar porque despiertan en el ideas de muerte y de sucesión y—¿por qué no descubrir sus defectos?—algunas queridas transitorias á las que no trata de unirse con demasiado afecto y á las que despide cuando han cesado de agrada- darle ó mejor dicho cuando el capricho que han despertado pudiera llegar á estorbarle ó comprometerle.

Además, manías de anciana ó de niña, un culto exagerado á sus cosas que no permite tocar á los demás, una biblioteca ilegible á causa de la magnificencia de sus encuadernaciones, alfombras sobre las cuales no se debe andar, sillones inamovibles, un amor al orden llevado hasta la exageración y una limpieza exagerada hasta lo absurdo, objetos de los que jamás se usa y las cosas útiles tales como el tintero y las plumas con las cuales se escribe encerrados bajo llave en ignorado y oscuro rincón.

En una palabra y á pesar de algunos defectos—¿quién no los tiene?—un hombre galante, de un trato agradable y seguro, con la correcta probidad de las gentes ricas en quienes la tentación no puede morder.

Estrechó las manos del doctor Bordat, tocó apenas las de Fabregues y desapareció.

—¿Qué, nos vamos?—preguntó Bordat.

—Cuando quieras.

—¿Dónde quieres comer?

—Lo mismo da. Pero que te conste que tengo prisa.

—¿Por qué?...

—Tengo una cita.

—¿Dónde?

—¿En los alrededores de la Magdalena.

—¿Con ella?

Fabregues inclinó la cabeza.

—Quizás lo que tú quieres es vigilarla á la salida del almacén—dijo Bordat.

—Quizás.

—Tú siempre celoso.

—¿Qué quieres! Ese es mi destino.

Bordat colocó la mano en el brazo de su amigo.

—Palabra vana. El destino es el que uno quiere proporcionarse. La mejor prueba de ello es que nada te impediría olvidar á esa muchacha que, después de todo, no debe quererte mucho, si tuvieses valor.

—No le tengo.

—Sería una dicha para ambos.

—No digo que no.

—Libre de tu persecucion, encontraría fácilmente un buen muchacho que se casara con ella. Fabregues rechinó los dientes.

Bordat continuó tranquilamente:

—Tú, por tu parte... tomarías una determinación, fijarías tu residencia en alguna provincia; por lo menos estarías tranquilo; trabajarías; cuidarías de tu clientela; sin preocupaciones; harías economías.

—¿Para qué insistir? ¡Es imposible!

—Esa pasión te perderá.

—Eso allá veremos.

—Absorberá tus fuerzas, tu actividad, tu inteligencia.

—¡Exageración!

—Tu dinero.

—¡Atroz calumnia!... La pobre muchacha vive de lo que gana... Y, mira un detalle que te extrañará...

—¿Cuál?

—Es tan buena y prudente como bella.

Bordat movió la cabeza con incredulidad.

—Desde hace tres años que la conozco y que vive en mi casa—contestó Fabregues con calor, la he espiado, seguido, y te aseguro que no ha cometido ni una falta.

—Entonces cástate con ella.

El gascón suspiró.

—Te establecerías después en cualquier parte: en Niza en invierno, en Mont-Dore en verano; vivirías modestamente...

—Así se lo he prometido.

—¿Y se niega?...

—Obstinadamente.

Bordat se encogió de hombros.

—Ya ves que hay gato escondido—dijo Bordat brutalmente.

—¡Eso ya lo sé yo, pardiez! Mil peticiones, ofrecimientos y solicitudes recibe, pero todas las rechaza. Es la muchacha más honrada que conozco...

—¿Hasta ahora?... Ya se dejará tentar.

—No digo que no; sea de ello lo que fuere, me trata como á un amigo, pero se niega á casarse...

—¿Por qué razones?

—Mi carácter le asusta.

—¡Eh!—exclamó el nivernés.

—Me encuentra jugador, pródigo, ambicioso.

—Toma, toma, en eso tiene razón, lo eres y con exceso.

—¿Lo crees así?

—¿Cómo explicarse entonces que tú que ganas veinte veinte mil francos en Mont-Dore.

—Música... doce mil á lo sumo y... y...

—El doctor Jordal me lo ha asegurado.

—Jordal se engaña.

—Es un hombre formal.

—Sea.

—Sabe lo que dice; pero en fin, sea, admitamos que sean doce mil. ¿Cómo explicarse que no tengas jamás ni un cuarto?

—Y mi casa de París, la de Mont-Dore, mis viajes obligatorios, mis gastos de invierno, mi clientela, la comida, los trajes, los libros, mi criado...

—Ese mono de Sulpicio...

—En todo se gasta.

De repente se levantó Bordat y dijo:

—Después de todo á mí poco me importa todo ello... Vámonos á comer... Te marcharás cuando quieras.

—Vamos.

—¿Al café de la Paix, quieres?

—Bueno.

—Pero por última vez te voy á decir que haces mal en obstinarte...

—¿Por qué?

—Tienes ambición; acabas de decirlo.

—Convengo en ello.

—Quisieras ser rico.

—No lo niego.

—Con tus ideas no es una costurera, una modista, á la que debes perseguir, por más seductora que sea...

—¿A quién, entonces?

—¡Una heredera, caramba! A los médicos no les faltan nunca buenas relaciones... Y á lo mejor se suele hacer suerte. ¡Vamos!

Fabregues se levantó á su vez y siguiendo á su amigo, siguió por el camino que había llevado momentos antes el barón D'Aubagny.

II

A las siete y veinte, los dos amigos se hallaban instalados en un rincón del restaurant en una de las mesas colocadas cerca de la fachada que da á la Opera.

En aquella magnífica tarde de primavera el golpe de vista era precioso.

Desde su sitio, Fabregues y Bordat veían la perspectiva de la avenida, el refugio y un poco del boulevard, con su perpetuo hormigueo, con el movimiento de los transeuntes en las aceras, el de los coches, que se suceden, pero tan apretados, que se pregunta uno cómo no se meten los unos en los otros.

—¿Qué sopa tomamos?—preguntó Bordat consultando la carta.

—La que quieras—dijo el gascón.

Bordat le miró atentamente.

—¡Caramba! Decididamente no tienes buen apetito.

Fabregues suspiró.

El mozo esperaba.

Bordat comprendió que lo mejor que podía hacer era encargarse él de pedir la comida sin ocuparse de su amigo.

Y con rapidez encargó los platos y los vinos como hombre ya acostumbrado.

Fabregues se abismó en sus pensamientos. Estaba bajo el peso de una agitación mal disi-